

4 Cooperación en otras organizaciones de la economía social y solidaria no financiera

Wilson Araque Jaramillo

Cuando se habla de economía social y solidaria, generalmente se tiende a clasificar a las organizaciones identificadas con esa forma de adjetivar a la economía como relacionadas ya sea al sector financiero o al de carácter no financiero. En el caso de las vinculadas al ámbito financiero, la mayoría tiende a identificarse y a operar como cooperativas de ahorro y crédito que, como parte de su expresión asociativa, presentan una integración de socios en donde no hay dueños o propietarios individuales o grupales, lo que existen son los asociados que se unen alrededor de un objetivo común que, por su función financiera, buscan captar ahorros de forma colectiva y, luego, con esos recursos ofrecer créditos para el desarrollo personal, familiar o productivo de los socios que integran la organización cooperativa. Todo ese trabajo, pensando en su razón de ser, tiende a realizarse sobre la base de los “denominados valores cooperativos: autoayuda, autorresponsabilidad, democracia, igualdad y solidaridad” (Marcuello y Saz 2008, 62).

Ahora bien, yendo al espacio de las organizaciones de la economía social y solidaria no financiera, se van a encontrar todas aquellas cooperativas o asociaciones que buscan el fortalecimiento productivo de los integrantes que, en calidad de asociados, buscan lograr resultados sinérgicos como consecuencia de la unión que se ha logrado consolidar.

Para lograr comprender el escenario en el que se desarrollan este tipo de organizaciones es importante resaltar las reflexiones

que, desde visiones diversas y muchas coincidencias, expresaron los panelistas de la mesa temática “Cooperación en otras organizaciones de la economía social y solidaria no financiera”. Hicieron ver que el pensamiento y acción colaborativo, compartido y cooperativo, es una alternativa organizacional que, producto de la asociación entre varias personas con intereses afines, contribuye al fortalecimiento de personas y unidades productivas, que de forma individual difícilmente lo hubiesen logrado. Y, claro, en ese escenario se debe reconocer a la cultura como “el ámbito básico en que una sociedad genera valores y los transmite de generación en generación” (Kliksberg 1999, 100).

En el caso de Susana Webering —con su ponencia “La evolución de la cooperación”— se hizo ver que

la cooperación como acción y movimiento es capaz de producir algo juntos o solucionar algún problema común a un determinado grupo involucrado. Resaltando, así, a la cooperación como ese elemento fundamental de las organizaciones colectivas y necesita ser animada y reconstruida por sus miembros.

En definitiva, todo proceso cooperativo tiene un origen en donde seres humanos diversos, eso sí con un objetivo común, buscan lograr resultados que ayuden a mejorar su bienestar colectivo. Más aún, cuando “la cooperación entre organizaciones se ha hecho cada vez más necesaria dadas las limitaciones e inadecuaciones de éstas para adaptarse en mercados cada vez más globalizados y de cambio continuo” (Hernández 2007, 122).

Una vez surgida la aventura cooperativa, durante su evolución en el tiempo se irán presentando una serie de situaciones en que, para mantener el proyecto asociativo de largo plazo, será fundamental que se definan estrategias de adaptación a los cambios que se vayan dando dentro y fuera de la organización, logrando con ello un efecto de reconstrucción que, pensando en la sostenibilidad organizacional, permita, con el pasar del tiempo, mantener

vigente a la iniciativa cooperativa que ayuda a fortalecer vínculos sobre la base de un desarrollo integrado de la sociedad y, con ello, a mantener ardiente y en evolución a la cooperación como medio para la consecución colectiva de los objetivos personales, familiares, organizacionales y nacionales que, hoy más que nunca, van marcando el destino futuro de los países. Esto llevado al campo organizacional cooperativo, cuando se cumplen determinados principios cooperativos, es muy probable que se genere capital social como una forma de activo intangible propulsor de la práctica cooperativa impulsada (Marcuello y Saz 2008, 61).

En definitiva, los comportamientos colaborativos, compartidos y cooperativos son el resultado de procesos de consolidación de la identidad cultural de los territorios. Para lograr efectos sinérgicos, se requiere de un conjunto de experiencias que, con la interacción de actitudes humanas acumuladas desde el pasado, sirven de alimento clave para que las actuales y futuras generaciones sean capaces de seguir imprimiendo su accionar cooperativo como un medio para lograr resultados asociativos, producto de un perfil territorial solidario. Este territorio es el espacio donde los seres humanos que lo integran son los causantes de que el espíritu asociativo sea el motor de la consecución de los grandes objetivos territoriales. Con estas formas de comportamiento organizacional se logra que una fuerte cultura cooperativa, en última instancia, termine fortaleciendo la cultura corporativa como un medio diferenciador —percibido por la comunidad— de los otros tipos de organizaciones (Huergo y Artunduaga 2013, 68).

A pesar de que la cooperación no es fácil —más es bien es compleja—, sobre la base de experiencias prácticas, ha demostrado que es la mejor estrategia para la consolidación social de largo plazo, ya que, cuando las personas se asocian, terminan, de forma interdependiente, compartiendo recursos, experiencias y conocimientos. Ahora, claro, junto a las experiencias asociativas es clave complementar con propuestas estratégicas e inclusivas como el

comercio justo que, en última instancia, busca surgir como “una alternativa al comercio convencional internacional, el cual se ha fortalecido a través del tiempo y ha alcanzado grandes logros en comercialización de productos bajo los criterios de comercio justo, sin embargo, el camino por recorrer aún es extenso” (Jácome 2014, 6).

Por su parte, Víctor Francisco Argoti Doylet —con su ponencia “Experiencia práctica de economía solidaria en Guayaquil y su desarrollo organizativo mediante integraciones verticales y horizontales, período 2015-2020”— hizo ver que, como vivencia empírica surgida del desarrollo de una organización guayaquileña de la economía solidaria, sí es posible lograr resultados en el ámbito de la confección de uniformes escolares cuando se tienden lazos de solidaridad con otros productores similares de nivel local, provincial y nacional. Este ejercicio real, reconocido como una buena práctica de economía popular y solidaria (EPS) —como lo resalta bien Argoti—, ha llegado a tener resultados positivos gracias al efecto complementariedad que se generó al activar alianzas estables entre los productores asociados y, así, generar fortalezas que les permita a todos enfrentar con potencia acumulada los efectos negativos que, generalmente, se tiende a dar como producto de los giros políticos dramáticos e imprevistos.

En esta práctica de la EPS es importante resaltar el rol jugado por las compras públicas como medio práctico de llevar a la acción una política pública que busca incorporar y fortalecer a aquellas actividades productivas con propósitos inclusivos y que, por su perfil y estructura, necesitan de la creación de oportunidades desde la gestión gubernamental pública que, por el volumen de adquisiciones de bienes o servicios, permite beneficiar a un sector clave como es el de la EPS y de las micro y pequeñas empresas (Araque 2015, 44).

Se logra así el surgimiento de espacios cooperativos que para su vigencia en el tiempo pueden ser activados producto de la interacción entre actores del sector público y del privado. En términos

de la buena gestión de políticas públicas, contribuye a la consolidación de escenarios con fuerte esencia inclusiva propulsora de efectos directos en una forma de transformación productiva con altas dosis de equidad social que, finalmente, es un camino viable para disminuir las brechas de inequidad que se han ido enraizando con fuerza, como reconoce la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en regiones como la latinoamericana.

Complementando la reflexión sobre los espacios cooperativos que surgen alrededor de la economía social y solidaria, es importante reflexionar sobre la base de las ideas fuerzas planteadas por Christian Marlin. En su ponencia “Historia y diagnóstico de las empresas asociativas en el Ecuador”, en donde se resalta el rezago en materia de cooperativismo no financiero, que se presenta en Ecuador desde hace varias décadas. Para la explicación de este comportamiento, de acuerdo a Marlin, han surgido una serie de explicaciones culturales y de idiosincrasia para decir que los ecuatorianos son más individualistas que el promedio de los habitantes de la región. Esta afirmación tiene que ver con el hecho de que “la cultura es, asimismo, un factor decisivo de cohesión social. En ella las personas pueden reconocerse mutuamente, crecer en conjunto y desarrollar la autoestima colectiva” (Kliksberg 1999, 90).

Una de las categorías relevantes para analizar la tendencia al trabajo cooperativo es el capital social que, en términos generales, busca explicar la calidad de las relaciones que se dan entre dos o más personas cuando deciden unirse para alcanzar un objetivo común. Y, claro, cuando en un determinado grupo social hay ausencia de reservas de capital social, inmediatamente empiezan a surgir una serie de obstáculos para la sostenibilidad en el tiempo de aquellos proyectos asociativos que, de acuerdo a la investigación sobre “Asociatividad en la PYME”, desarrollada como parte del Doctorado en Administración de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, requieren de la activación del efecto complementariedad entre factores económicos y extraeconómicos, que